

CYBORG CRÓNICA DE ENWAI

Marina Perezagua

*E*stá saliendo hierba. Hoy es primavera. Me corto dos centímetros de pelo y salgo a pasear por N.Y. Comienzo por los intestinos. Un revoltijo de calles en un área de 1.5 kilómetros de Norte a Sur, desde la calle Delancey hasta la Zona Cero, y 3 kilómetros de Este a Oeste, desde el Williamsburg Bridge hasta Broadway. Chinatown, llaman a estas tripas, que rompen la cuadrícula del resto del cuerpo. Hoy es día de fiesta, y hay una cabalgata. Sigo a un larguísimo dragón chino de papel que vuela y serpentea, muy rojo, contra el cielo. Tiene escamas amarillas y va sujeto por las manos grandes y pequeñas de quienes festejan en procesión. Enwai es el nombre que él mismo se dio, pero esto ya se ha olvidado, así que le llaman New York. Sus iniciales, N.Y., aparecen impresas en camisetas. “I ♥ N.Y”, exhiben en sus pechos los turistas, sin saber que el dibujo del corazón no declara el amor que ellos confieren a la ciudad, sino el latido de ésta entre la piel y la tela. ¡Oigan ustedes!—quisiera decirles—, cuidado con ese corazón, que no es una pegatina ni un bordado. Es el músculo de una isla que llaman (manía de imponer nombres) Manhattan, de la cual sólo un tercio es asfalto, hierro, mecánica. Atención, porque las otras dos partes, los marzos de cada año, se desarrollan orgánicas como un niño o una rosa, un ovario. Hoy, tercer domingo de marzo, camino por Enwai florecido.

Necesito aire, y para salir me cuelo por una calle muy estrechita. Entro en la línea de metro 6. Me bajo en la parada de Enwai que limita con el cielo: su cabeza. Está coronada por una guirnalda de plantas y un río. También a esto le han dado un nombre: Jardín Botánico del Bronx. Se ve al completo desde un avión o desde el ojo de ese halcón que tiene desde hace años aquí su nido. Pero yo lo recorro a pie. Los árboles sin hojas están llenándose ahora de yemas, brotes que un día no están y al día siguiente ya son flor. Un laboratorio de química

vegetal registra el ADN de todas las plantas que llegan. Así, Enwai contiene en su cabeza una diadema que es en sí misma un planeta, una reserva natural arqueada donde se refugian las vidas más modestas, desde robles hasta líquenes y setas. Son veinte los congeladores que conservan la información genética de las especies extintas. Pero estas cámaras frigoríficas Enwai no las enseña. Al contrario, las lleva ocultas en la diadema donde la naturaleza virgen protege la maquinaria de la supervivencia.

Así está ocurriendo la metamorfosis de Enwai (que siento acelerar ahora, porque sin duda ha llegado la primavera), cuya parte orgánica intenta ganar terreno acompañando la maquinaria del pensamiento a la necesidad de la respiración humana. Estoy ahora en Central Park. Aquí, cuando Enwai inspira, piensa; y cuando espira, recuerda. En el centro del Parque, a la altura de la calle 64, rueda la neurona principal, un carrusel de 57 caballos de madera que responde al engranaje circular de la memoria. La música del calíope suena durante los tres minutos y medios que duran las 7 vueltas. Voy en un gran caballo blanco que sube y baja, sube y baja, con la boca abierta, como relinchando el placer de la cópula con aquella mula de carne y hueso que hace 100 años gastó su vida moviendo, entre resuello y resuello, este mismo círculo.

Tengo sed, pero no de agua. Voy al pezón de Enwai. Número 832 de Broadway. Una tienda de super antihéroes que mezclan su carne con circuitos y acero. Una dependienta que está colocando unas cajas de robots se ha cortado el dedo con el cartón y lanza un pequeño gemido. Entonces lamo una figurita de Conan, el Bárbaro, y luego el rabo articulado de una maqueta de Alien (segunda serie). Parecen de plástico pero saben a algo distinto, porque en Forbidden Planet todo es algo y nada al cien por ciento. Es en la indefinición que late la biología de un organismo al que llaman injustamente ciudad. Entro en el probador con una camiseta negra que tiene un único detalle en la espalda: una espina dorsal más mecánica que humana, en un color rojo incandescente. Enwai da cada año más muestras de regeneración biológica. El High line, esas antiguas vías de tren elevadas, están convertidas ahora en jardines mirador. Desde aquí la mirada se mete entre los edificios y llega hasta el puerto con la facilidad con que el mar recibe a la lengua que desemboca. Las vías ya no se ven. Piensa el Alcalde con ojos de piedra que esto es jardín, pero es piel. Crece pasto sobre el hierro. Primero lo verde cubrió desde la calle 14th a la 20th, es el húmero izquierdo de Enwai; y luego desde la calle 20th hasta la 30th es el cúbito y el radio. Lo que antes eran raíles serán jardines.

Es otra vez primavera. El sol calienta. Me tiendo en el suelo. Lo huelo. A Enwai le crece la hierba. A mí me crece el pelo.